

Formas de la picaresca y de la farsa en *Los reventados* (1974), de J. Asís, y *Vivir afuera* (1998), de R. Fogwill



CAROLINA KELLY

Universidad Nacional Arturo Jauretche

MARÍA DEL CARMEN VELÁZQUEZ

Universidad Nacional Arturo Jauretche / Universidad Nacional de Avellaneda

Resumen

Este trabajo se inscribe en el marco del proyecto “La transición a la democracia en la Argentina: nuevas lecturas desde la Historia, los Estudios de Género y la Crítica literaria”, que dirige Karin Grammatico en la Universidad Nacional Arturo Jauretche (UNAJ). Allí, en relación con la lectura de cierta crítica literaria sobre el denominado “proceso de transición democrática” (incierto, abierto y problemático) y, especialmente, a partir de dos novelas del período: *Flores robadas en los jardines de Quilmes* (1980), de Jorge Asís, y *Los pichiciegos* (1983), de Rodolfo Fogwill, parte de nuestra hipótesis. Esta hipótesis plantea que las dos novelas construyen un particular verosímil picaresco (lectura que retomamos de la extensa entrevista que Horacio González hizo a Jorge Asís, durante el 2001-2002, en *El Ojo Mocho*) y un común registro de la farsa; a su vez, polemizan contra el “proceso de transición democrática” pensado como “punto de inflexión” e “intervalo entre regímenes” (O’Donnell y Schmitter, 2010) y, en cambio, postulan una continuidad histórica que es leída, fundamentalmente, en clave económica. El objetivo aquí es comparar las novelas *Los reventados* (1974), de J. Asís, y *Vivir afuera* (1998), de R. Fogwill, no solo por su afinidad en la elección de personajes marginales que buscan sobrevivir, sino porque, además, conforman modos colectivos y comparten (o no) hablas sociales que permitirán analizar, a su vez, distintas formas de circulación del poder. Sostenemos que en esos lugares (o territorios hablados) es posible profundizar en el análisis comparativo de poéticas y de políticas literarias bien distintas.

Este trabajo se inscribe en el marco del proyecto “La transición a la democracia en Argentina: nuevas lecturas desde la Historia, los Estudios de Género y la Crítica Literaria”, que dirige Karin Grammatico en la Universidad Nacional Arturo Jauretche (UNAJ). En esta ocasión nos interesa revisar cómo cierta zona de la crítica literaria pensó el denominado “proceso de transición democrática”. Para esto, comparamos dos novelas del período: *Flores robadas en los jardines de Quilmes* (1981), de Jorge Asís, y *Los pichiciegos* (1983), de Rodolfo Fogwill, a partir de la siguiente hipótesis: desde un particular tratamiento de la picaresca (distinto en cada caso), las dos novelas releen la “transición”, no como “punto de inflexión” e “intervalo entre regímenes” (O’Donell y Schmitter, 1989), sino que subrayan una continuidad histórica en clave económica. En esta ponencia, ampliamos, temporalmente, el arco literario para poder incluir también en el análisis la comparación entre *Los reventados* (1974) de, Asís, y *Vivir afuera* (1998), de Fogwill, para además ver cómo en estas novelas, como en aquellas, se evidencian concepciones del “realismo” muy distintas, con alcances políticos e ideológicos también distintos. Ciertas zonas de la historia política argentina son narradas y pensadas a partir de una reflexión sobre los materiales con los que trabaja la literatura, que está presente en Fogwill y ausente en Asís. Además, en este, a través del centro que organiza la novela, que es el personaje de Rocamora, la masacre de Ezeiza es vista como “una pelea de putas” y la historia como una supervivencia darwiniana, la ley del más fuerte, y el “reventado” es un actor social que desprecia el mundo de “los monitos” (los trabajadores), los verdaderos “reventados”, y espera, “al costado”, ver quién gana para apostar y prenderse de algún *curro*.

A partir del análisis que hace Horacio González de la obra de Asís, en el número 16 (2001/2002) de *El Ojo Mochó*, luego de una larga entrevista que, junto con Christian Ferrer, María Pía López y Eduardo Rinesi, hacen al escritor, nos interesa retomar, críticamente, la lectura de la picaresca de González y profundizar en la comparación que construye entre esas dos novelas. Contraponiendo “la ruta del don de la épica” a “la ruta de la avidez” de la literatura picaresca que “desdobla el enunciado virtuoso en un acto de simulación y crítica”, González refiere:

Hay una literatura picaresca que postula que toda búsqueda del honor es una empresa simulada que enmascara un deseo de poder inconfeso, sublimado. Y hay una tercera posibilidad –por lo menos en cuanto a la consideración del drama del honor– que es la de la literatura que hace recaer el peso de la honra en criaturas bajas, que inesperadamente demuestran que pueden cubrir el vacío que los hombres señoriales o burgueses han desguarecido. En este caso está en juego la genealogía del reventado. Porque si en Asís el reventado es una figura despojada de alegorismo y metafísica – y de ahí su rápido enlace con la crónica interna de un período histórico nacional–, en Fogwill son tanto las insinuaciones alegóricas como el profundo roce con la metafísica –esto es: preguntarse por los ancestrales actos de dominio implicados en el mero hablar– lo que hace que su tendencia a la picaresca se resuelva en otra instancia, una suerte de filosofía lírica del juego asolador de las vidas. Filosofía a-social (otra vez: metafísica) más allá que en su tránsito revise hondamente los mundos lingüísticos de los sujetos imbuidos en sus lenguas profesionales: la del hombre suburbano o la del practicante de los idiomas educativos vinculados a las “ciencias humanas” (González, 2001/2002: p. 40).

Y, agregamos, una reflexión sobre los materiales con los que trabaja la literatura, fundamentalmente toda una concepción política y económica sobre los lenguajes que producen, organizan y controlan desde un particular funcionamiento de los poderes científicos, religiosos, culturales y políticos, distancian, abismalmente, la novela de Fogwill de la de Asís. El mundo “reventado” de Asís está presente en *Vivir afuera*, pero la novela pone en funcionamiento una reflexión constante, “alegórica” y “metafísica” como señala González, aunque también política, sobre las formas de control, discursivas e históricas, y de poder que “marcan” –y no enmarcan– las vidas de los personajes.

Los reventados está estructurada de la siguiente manera: dos epílogos enmarcan la historia, narrada en tercera persona omnisciente, organizada en distintos capítulos titulados con los nombres de algunos personajes y cuyo foco privilegiado es el punto de vista de uno de ellos, Rocamora, alter ego de Asís y el “reventado” que enseña los saberes y las técnicas del “pedaleo” a sus compinches. A modo de ejemplo:

Pero miralos a esta manga de imbéciles que nos rodea, infelices, pelotudos, por ejemplo acá, miralos bien, fijate y decime si es para matarlos. Vos te creés que estos imbéciles normales son más felices que el chocolatero. Miralos bien y después me vas a decir. Oílos, estudialos. Son taraditos, todos débiles psicoanalizados, bien curados por el psicoanalista, puro curro eso. Miralos bien, los taraditos empujan, se arrastran, se aprietan, se pelean, es un vacío total. No sirven ni para reventarse [...] Miralos, se levantan temprano para fichar en la oficina, o no se levantan simplemente porque los padres tienen guita, los papis. Con nuestro resentimiento, Vitaca, podemos hacer una ciudad. Miralos bien, fijate si no es para reventarlos. Son cornudos, maricones, tienen conflictos. La van de superados, están de vuelta, nada los asombra [...] Están hechos, Vitaca, nosotros no, nosotros tenemos que pedalear, somos muy pocos y tenemos que juntarnos, porque en esta selva si la vamos de monitos perdemos como en la guerra. Vitaca, si fueran todos monitos, vaya y pase, uno la aguanta, pero no ves que está lleno de yaráras, de culebras, de leones, con todos estos hijos de puta, cómo la vas a ir de monito, hermano, de perdedor nunca. Carne de cañón en la puta vida. Si no comés te comen, afilarse los dientes, Vitaca, a pedalear, agarrarse bien fuerte de la liana que nosotros tenemos que vivir bien fuerte como Tarzán –en pelotas y a los gritos– Vitaca. En pelotas y a los gritos, matando en la selva para que no nos revienten, con un resentimiento encima de la puta que los parió. Qué querés, Vitaca. Que nos metamos a trabajar en una fábrica [...] Tenemos que estar siempre colgados de la liana, agarrados, como garrapatas, tenemos que estar siempre al costado, Vitaca, prendidos (Asís, 2015: pp. 182-184).

Vivir afuera es una novela que se construye con fragmentos de distintas historias narradas desde una tercera persona que focaliza en el punto de vista de los distintos personajes y elude, desde ese montaje, tanto la hegemonía de una voz como cualquier forma de relato enmarcado. Toda la novela puede pensarse como la historia de distintos relatos sociales y el uso de la cursiva subraya esta dimensión, ya que coloca en el mismo plano de la acción, los pensamientos, los deseos, las fantasías y los sueños, como motores de la historia. González analiza la distancia entre ambas novelas:

Enorme proyecto que también implica postular hombres “reventados”, pero ahora son figuras fogwillianas que se mueven en una sociedad heterogénea, partidos por la cuestión del conocimiento.

En *Vivir afuera*, novela de mediados de los noventa, Fogwill elabora cápsulas existenciaras alucinadas para el hombre o la mujer de extramuros, infundidos de conocimientos subalternos que asombran por su vivacidad, superiores al del hombre de la metrópolis profesionalizada, autocomplaciente y banal. Fogwill llega así hasta donde no había llegado Asís: las tensiones acarreadas por lo dicho brotan del subsuelo más infernal, despótico y ruín de la lengua, descubierta así como ámbito de servidumbre y necesidad (González, 2001/2002: p. 43).

A diferencia de la novela de Asís, que coloca la mención del asesinato de Rucci en el primer epílogo, y la tragedia de la masacre de Ezeiza, en el segundo –aunque, en rigor, este último es anterior al primero, y la novela es, en ese sentido, circular–, indicando así que una historia “mayor” contiene a una “menor” –la del mundo de los reventados que queda limitado por una serie de calles del centro de la ciudad, y de bares específicamente por donde circulan o comparten el espacio con otros desclasados–; en *Vivir afuera*, se descarta, voluntariamente, la forma del relato enmarcado, que una historia “mayor” contenga a otra “menor”, puesto que, como piensa Wolff al comienzo de la novela, cada historia se contiene a sí misma:

El sueño debió haberle ocurrido entre 1958 y 1959. Los sucesos del sueño –aquellas mesas y aquella gente petrificada alrededor– deben pertenecer a los años cincuenta y tres o cincuenta y cuatro. Su evocación del sueño se produjo anoche, al cabo de un encuentro de ex alumnos del Liceo. El relato del sueño se compuso esta misma mañana de 1996 mientras pensaba en la imagen –soñada– de aquellos cuerpos clavados en sus sillas preguntándose por qué volvían a representarse con tanta nitidez esos recuerdos de las luces–. Volvía aquella luz filtrada por las pantallas de pergamino que rebotaba en superficies igualmente amarillas de barniz, tiñendo todo, proyectando sombras sobre partes de cuerpos, mitades de caras y espacios huecos de pura oscuridad cerca del piso. Evocando esa luz, se imagina capaz de narrar una historia encajada en el interior de... ¿Otra historia?, se preguntaba Wolff. No: dentro de sí. Justo en el centro de sí misma y no en un pedazo de otra historia que la contiene... En otra historia –pensaba Wolff– se traman casi todas las historias, por lo menos, desde Homero. En cambio, uno tendría que permitirse urdir las dentro de sí, como aquella pelota representada en un *Scientific American* de los años ochenta... (Fogwill, 2018: pp. 17-18).

En Fogwill, contar es urdir una trama, histórica y ficcional a la vez, en la que la memoria, la percepción, las emociones, la imaginación y la lengua son lugares lábiles pero productivos que permiten reflexionar y contar. Por eso, el tratamiento “realista” de las dos novelas es muy distinto: en Fogwill, es la reflexión crítica sobre los propios materiales con los que se construye cualquier historia la que está en primer plano.

Los capítulos de *Los reventados* llevan, como dijimos, los nombres de algunos personajes: “El Escribano Muerto”, “el Ladrón de Expedientes”, “Rosqueta”, “El príncipe”, “El chocolatero”, y esas formas nominales evocan más la caricatura que descansa, o bien en la literalización de lo que los personajes, efectivamente, hacen (en sus “pedaleos”), o bien en su reverso irónico. Para subrayar el “reventamiento” de los personajes, el narrador en tercera de Asís recurre, desde el principio, a juegos lingüísticos implicados en el nombre “Rosqueta” para ir conformando una jerga porteña (“estar en

una bicicleta”, “hacer roscas”, “andar checonato”, etc.) que da a su lengua literaria el carácter de un lunfardo fechado, reiterativo, plano, representativo del “tipo social reventado”, que no distingue diferencias sustanciales entre los personajes, sino más bien los uniformiza en un mismo hablar común. Así, en general frente a la pregunta de “¿cómo estás?”, la respuesta invariable, sea quien sea el que la enuncie es: “aquí, pedaleando”. Independientemente de los distintos grados de “estar reventado”, los límites con “los giles” (o los “verdaderos reventados”) y con “los hijos de puta” son nítidos: la piel del “reventado” es la del camaleón, la de quien simula una eticidad que perdió y en la que no cree, pero que resulta imprescindible para poder prenderse del que gane. Aunque la mayoría de los “pedaleos” que se narran terminan en fracaso –y el principal es el fracaso de la venta de los *posters* en Ezeiza de Perón con su caniche en Madrid–, el mundo de “los reventados” celebra cualquier “salvación” o “enganche de la liana”, sin importar la ausencia de pruritos éticos, sin importar si para conseguirlo se recurra a la traición. El mundo de los “reventados” de Asís puede, por eso, entenderse como un mundo de “rejunte”, como afirma Christian Ferrer (2001/2002), en el que los personajes no construyen vínculos sociales sólidos –ni mucho menos solidarios o colectivos–, sino que estos son simulados en función de los que los otros pueden dar como posibilidad del “pedaleo”, y para los que los acontecimientos históricos son siempre leídos como la posibilidad de un nuevo pedaleo, el batacazo de alguna venta de *merchandising* de imágenes o textos truchos y falsos. “Estar al costado,” pero “prendidos” es la máxima de Rocamora, lugar de enunciación privilegiado que, desde ese margen, concibe la política como espectáculo y farsa: “el 20/06 habrá un circo completo, un acto de la gran puta, van a venir negros de todas las provincias para ver al viejo ese, algo hay que hacer” (Asís, 2015: p. 28). De este modo, los “reventados”, al costado de la historia, simulando ser simpatizantes de distintos movimientos sociales, solo porque el negocio así lo requiere, no pueden explicarse bien qué ocurre y sus reflexiones sobre el mundo no trascienden la de la ley del más fuerte de la selva, un biologicismo que descrea de las formas políticas y subraya el carácter individualista, egoísta y mezquino que los mueve como formas de sociabilidad “reventadas”. La novela realista de Asís no deja nada sin explicar: la “legalidad” de “los reventados” empieza y termina ahí. El resto del relato descansa en breves y esporádicos fantaseos bovaristas, utopías compensatorias y caricaturescas.

El presente de enunciación de *Vivir afuera* es 1994/1997 y si bien las dos novelas trabajan con fechas muy puntuales, en Asís las referencias históricas se limitan a enmarcar como contexto la historia desde la masacre de Ezeiza (20/06/1973) hasta el asesinato de Rucci (25/09/1973), sin que ninguno de los personajes, ni Rocamora ni el narrador, profundicen en otros vínculos posibles que desbaraten la linealidad o, acaso, la circularidad que la novela traza: el asesinato de Rucci remite a la masacre de Ezeiza y esta, al primero. La carnavalización depredadora que los “reventados” introducen en Ezeiza fricciona con los cánticos y los vítores militantes, tal vez evidenciando más su carácter trágico, lo que podría sugerir una pregunta sobre la forma de entender la picaresca de H. González: ¿la picaresca es la contracara de la tragedia? Hacia el final, el regreso de Ezeiza, ya sin celebraciones, y los gritos “reventados” de Willy que sigue intentando vender un poster del líder, se construye un clima de profundo desengaño que habría que volver a revisar. Si bien el mundo machista y guapo de los “reventados” prohíbe cualquier atisbo de expresión emocional, y más allá de la voz socarrona de Rocamora del final, el lector entiende que es en Cristóbal donde se cifra la voz trágica: “Willy [...] –no me dejes solo, eh –casi le imploró” (Asís, 2015: p. 271), y Willy es el “reventado” sacrificado.

En Fogwill el año 1994/1996 sirve para anclar el relato de los itinerarios de seis personajes en el contexto del menemismo, pero las reflexiones, los relatos, los saberes y los recuerdos de estos viajan por distintos momentos de la historia argentina y construyen analogías y correspondencias, explícitas o sugeridas, que contribuyen a trazar distintas líneas de continuidad posibles: “Recordando parece todo igual, pensaba Wolff, mientras comparaba el final de esa mañana de 1997 con cualquiera de las escenas de los años setenta que, de tan iguales, se confundían en su memoria” (Fogwill, 2018: p. 394). También, a diferencia de la novela de Asís, no hay una jerga que identifique a “un tipo reven-tado”, sino que el tratamiento de las hablas de los distintos personajes distinguen, en principio, dos códigos sociales: el del mundo de los personajes del conurbano sur (Mariana, el Pichi y Susi) y el de los que viven y circulan por Buenos Aires (Wolff, Saúl y Diana). Pero, además, el narrador en tercera de Fogwill pone en funcionamiento otros códigos lingüísticos, históricos y sociales, que remiten a otros mundos (por ejemplo, el de las órdenes militares, o el de los servicios, o el de los informes policiales) y mueven la historia, algunos de los cuales son enunciados por una voz que el lector desconoce y que subraya su impersonalidad, como si fueran registros interceptados de distintos modos de funcionamiento, administración y control de la información y, finalmente, del poder.

Revisando el historial del Internet Explorer salta lo mismo. Lo bueno de la versión nueva de Microsoft que instalaron es que loguea todo lo que estuvieron navegando en cada terminal. Este tipo es el que más usa el servicio, entra todos los días, menos los sábados, siempre a las mismas horas, a los mismos sitios. No pasa un día sin que entre en la página de Duesberg. Imprimimos un índice para que alguno que sepa algo de biología la clasifique. No se entiende bien qué dice, pero lo destacamos porque es una de las páginas que figura como objetivo en los *trackings* americanos y si los gringos sospechan, por algo será. O el Infoseek o los mismos tipos que publican la página en Berkeley destacan las palabras clave, *Drugs*, *CIA*, *State Department*, *War*, *Drogas*, *CIA*, o sea: Departamento de Estado, Guerra, Guerra Bacteriológica, Censura en Internet, demasiados farolitos prendidos juntos como para que a alguien se le pueda escapar como objetivo. El tipo mandó y recibió correos desde ese sitio, pero los metió en un disquete y en el *server* de esta red no hay modo de recuperar los datos. También mira los diarios de Israel en esta PC, cada tanto lee *Clarín* y el *NYTimes* y como todos los médicos es un pajero: no pasa semana sin que navegue por uno o dos sitios como [sic], siempre los mismos. Eso no se ocupa de borrarlo, en cambio, el correo a las universidades y los datos que recibe los borra siempre y antes de apagar se ocupa de eliminar todos los archivos temporarios, como si buscara esconder algo. Si la red estuviese bien instalada, se podría recuperar todo lo que borró, pero esta es una red de hospital, pensada para esta clase de gente que viene a trabajar un ratito y le importa un carajo lo que puedan necesitar las autoridades (Fogwill, 2018: pp. 400-401).

El tono de sospecha y paranoia sobre lo que “no se ve” –la novela termina con la voz de un “consolador” que reafirma lo que se sospechaba: los personajes son “marcados” para cualquier necesidad de información futura– es elocuente sobre el particular tratamiento del realismo que Fogwill despliega en esta y otras novelas. Si desde su perspectiva, trabajar con el realismo clásico no sirve porque el realismo trabaja con las categorías de la realidad y las categorías de la realidad son, fundamentalmente, ocultativas, se entiende cómo la reflexión sobre los significados sociales de las palabras, su

alcance, su funcionalismo o su reutilización es clave para entender la “conversión” que realiza sobre los presupuestos “realistas”: “escribir es pensar”.

El mundo social del conurbano sur, conformado por la autopista, Quilmes, Berazategui y Florencio Varela, es el mundo de los punteros, Pichi y Piero. Una zona de ese mundo recuerda a los “reventados” de Asís. De hecho, el intertexto está explicitado en *Vivir afuera*: tanto Mariana, como el Pichi y Susi, reactualizan el código de la jerga lunfarda de Asís para pensar quién es “reventado”, qué es ser “reventado” y “gil”, o “reventado” y “genio”, o “reventado” e “hijo de puta”, o “reventado” y “loco”. Y, en particular, Mariana pareciera condensar muchas de las características del reventado de Asís, no solo por cómo habla, sino también porque, si bien su deseo no está en el dinero, pero sí, en cambio, en la merca, no pareciera tener ningún prurito ético para conseguirla –lo delata al Pichi, entre otras cosas– y además es “un gato” que “hace gatos” que piensa:

[...] Me llamo María Eva pero la verdad que todos me dicen Mariana y que los giles me pongan el nombre que más ganas les dé. [...] Lo único que me interesa es pasar bien los años que me quedan. Te digo de verdad que nunca quise llegar a los 30 y ser una reventada que llora y se amarga en una casa planchándole la ropa a un negro... (Fogwill, 2018: p. 135).

El Pichi, que es el mismo personaje que protagoniza *Los pichiciegos*, tiene transas de drogas con los villeros de San Isidro y el Tigre, y con la brigada, está en “afanos, apretadas y movidas grandes”. De este modo, el presente “reventado” del Pichi es el futuro anunciado en *Los pichiciegos*, cuando alguien “pichi” como él, que además tiene muchos saberes sobre la historia y sobre la guerra, sabe que los pactos y las promesas de integración social, con la capitulación, son una mentira. Pichi es un “reventado” desengañado que sabe que en Mar del Plata, “ciudad revigilada” y donde van “los giles”, manda “la Federal”, que maneja todos los “curros”.

A diferencia de la novela de Asís, en la que prácticamente todo se explica, en *Vivir afuera* hay momentos de ambigüedad que no se resuelven: por ejemplo, cuando el Pichi va a dar su testimonio de los recuerdos de Malvinas a un escritor que está en una librería del shopping –escena que reactualiza el presente de enunciación de *Los pichiciegos*– ¿es Quique Frog?, ¿quién es el objetivo que es marcado, el Pichi o el escritor? O momentos donde no se puede saber quién narra o fantasea, o ¿de qué trabaja Wolff? ¿Es editor y crítico, pero tiene un auto de la gobernación? ¿Por quiénes o para qué son “marcados” los personajes?

Hay en archivos un informe de agosto que da cuenta de intereses varios para seguir teniendo al objetivo Platygosky. En la rutina de la fecha se corroboran las consideraciones del personal que lo elevó en aquella oportunidad. Las observaciones se realizan en la fecha porque en dos visitas previas a la librería se encontraba cerrada. El miércoles estaba el objetivo que utiliza el piso alto pero el local permaneció cerrado. En la vidriera, Platygosky exhibe obras presuntamente escritas por el objetivo que todas las tardes escribe y recibe visitas en el piso alto del local. Los títulos están detallados en el informe de rutina 254 bis en el que se elevó un pedido de información técnica, con la recomendación de chequearlo más en profundidad con el recurso de un lector técnico habilitado. Esto, por la información obtenida del librero, que revela que el otro utiliza el espacio cedido para escribir libros sobre la marginalidad y a esos

efectos recibe con frecuencia la visita de informantes de personal de seguridad, a ex convictos de delitos comunes y subversión y a activistas que, supone, pertenecen al grupo Puerto Argentino. En el remito se reitera el pedido de chequeo y la información técnica sobre el material libros y agrega la recomendación de destacar a personal capacitado para mantener una conexión con este objetivo, dado que un avance de nuestra parte podría obstaculizar la mejor cobertura del objetivo Platygosky, que se considera una fuente a preservarse y que reitera en la fecha pruebas de su absoluta confianza en este personal. Yendo a los hechos, se informa que el local fue visitado por una pareja de motociclistas. Platygosky asevera que el hombre cuya señas particulares se adjuntan en el remito de la fecha sería un ex Malvinas de extrema derecha, que como el huésped que utiliza el entrepiso, evoluciona hacia posturas próximas a grupos trotskistas y de agitadores estudiantiles que se adiestran en prácticas de lucha callejera. Se atribuye la relación entre ambos a una data del año ochenta y dos y motivada por las investigaciones que el objetivo realizaba a los fines de un libro sobre la guerra (Fogwill, 2018: pp. 407-408).

En la novela de Fogwill, las instituciones legales (la religión, el hospital, la policía, los políticos, etc.) e ilegales (la prostitución, las drogas, los espías y los servicios) son actores centrales que aparecen para pensar, críticamente, los modos en que participan de la producción, administración y control de poder: de la vida, de la enfermedad, de la muerte. Y así como la verdad y la mentira no son antagónicas en Fogwill –tampoco en Asís–, la legalidad y la ilegalidad tampoco. La clave entonces no es si un relato es verdadero o falso, sino si se lo cree verdadero: saber contar y vender es hacer una verdad –y en Asís también–, aunque se digan mentiras. Pero los personajes de Fogwill no son solo buscas: algunos saben contar historias y tienen deseos, aunque estos no duren demasiado y sean tan volátiles como sus fantasías. Y los que mejor cuentan historias son, acaso, los que están más reventados: Mariana, el Pichi, y el judío errante, gordo, trolo, enfermo, poeta y tanguero. Las historias, los poemas, las canciones, que circulan en *Vivir afuera* hacen preguntarse al lector: ¿vivir afuera de dónde?, ¿hay un afuera?

Referencias bibliográficas

- Asís, J. (1980). *Flores robadas en los jardines de Quilmes*. Buenos Aires: Losada.
- (2015). *Los reventados*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Feld, C. y Franco, M. (Dir.) (2015). *Democracia, hora cero. Actores, políticas y debates en los inicios de la Posdictadura*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Ferrer, Ch. (2001/2002). Supervivencia y predación. *El Ojo Mocho*, 16, 42-50.
- Franco, M. (2018). *El final del silencio. Dictadura, sociedad y derechos humanos en la transición (1979-1983)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Fogwill, R. (2006). *Los pichiciegos*. Buenos Aires: Interzona.
- (2016). *Diálogos en el campo enemigo*. Buenos Aires: Mansalva.
- (2018). *Vivir afuera*. Buenos Aires: Alfaguara.
- González, H. (20021/2002). La figura literaria del reventado como teoría picaresca de la política. *El Ojo Mocho*, 16, 30-42.

González, H., Ferrer, Ch., Rinesi, E., Vernik, E., López, M. P. y Martínez, F. (2001/2002). Entrevista a Jorge Asís. *El Ojo Mocho*, 16, 2-29.

O'Donnell, G. y Schmitter P. (2010). *Transiciones desde un gobierno autoritario. Conclusiones tentativas sobre las democracias inciertas*. Buenos Aires: Prometeo.

Schwarzböck, S. (2015). *Estética y postdictadura*. Buenos Aires: Cuarenta Ríos.